

WILLIAM S. BURROUGHS
ALLEN GINSBERG

Las cartas
de la
ayahuasca

ANAGRAMA

Panorama de narrativas



© Herederos de Allen Ginsberg

William S. Burroughs (1914-1997) pertenecía a una familia acomodada del Medio Oeste norteamericano. Tras estudiar en la prestigiosa Universidad de Harvard, se sumergió en el mundo de la droga, la delincuencia y la literatura. En los años cuarenta se hizo adicto a la heroína y entró en contacto con un grupo de escritores de la Universidad de Columbia, entre los que se contaban Jack Kerouac y el poeta Allen Ginsberg. En 1951, bajo los efectos de la droga, Burroughs mató accidentalmente a su mujer de un disparo en la cabeza; tras el suceso, acaecido en México, el escritor se dio a la fuga y acabó refugiándose en Tánger. En 1953 Allen Ginsberg lo ayudó a publicar *Yonqui*, un relato autobiográfico sobre la adicción a la heroína; en 1959, Burroughs publicó su famosa novela *El almuerzo desnudo*, que causó un tremendo escándalo y se prohibió en muchos países. En Anagrama se han publicado ambas obras y *Marica*.

Allen Ginsberg (1926-1997) se dio a conocer en 1956 con *Aullido* y otros poemas, libro que sacudió los cimientos del mundo literario del momento y marcó el nacimiento de lo que más tarde se conocería como la Beat Generation. Ginsberg trabó amistad con Jack Kerouac, William S. Burroughs y Neal Cassady en los incipientes ambientes contraculturales del Nueva York de los años cincuenta. En 1955, en San Francisco, la lectura pública de *Aullido* lo convirtió en una de las

estrellas del nuevo movimiento contestatario. Durante la década de los sesenta, el poeta se involucró de lleno en las protestas contra la guerra del Vietnam, las manifestaciones hippies y la apología del LSD. En su madurez, Allen Ginsberg pasaría a convertirse en venerable icono de la contracultura y en importante referencia para las nuevas generaciones de músicos, artistas y poetas, en las que influyó de manera decisiva.

Las cartas de la ayahuasca, libro publicado originalmente en 1963, es un volumen de correspondencia y otros escritos de William Burroughs y Allen Ginsberg. La mayor parte de estos textos datan de 1953, y constituyen una crónica del viaje que en ese año hizo Burroughs a la selva amazónica de Colombia y del Perú en busca del yagué o la ayahuasca, una planta de míticas propiedades alucinógenas y telepáticas. En el transcurso de su crónica epistolar, Burroughs comparte con Ginsberg numerosas anécdotas e historias, entre las que se incluyen ciertos conceptos que más tarde utilizaría en novelas como El almuerzo desnudo. El volumen termina con una larga carta de Ginsberg, escrita en 1960, en la que el famoso poeta de la Beat Generation le relata a su mentor Burroughs los experimentos que él mismo realizó también con la ayahuasca.

Muchos definen este libro como novela epistolar. Se trata de lo que también podríamos llamar fascinante diario de bitácora, en el que Burroughs va narrando sus esfuerzos por hacerse con la mítica planta del yagué. En una prosa restallante y seca, cuajada de ese humor de «cara de póquer» que le caracterizaba, Burroughs le describe a Ginsberg sus traumáticos y a un tiempo iluminadores experimentos con la ayahuasca, y le ofrece todo tipo de pintorescos y picarescos detalles sobre sus turbios contactos con muchachos de la calle y siniestros representantes de las fuerzas del orden. La segunda parte del volumen, por su parte, contiene las delirantes descripciones de Ginsberg sobre sus propias experiencias con la droga. Al final del libro se incluyen dos epílogos: una breve nota de Ginsberg, escrita tres años después de los hechos narrados, en la que proclama su mística permanencia entre los vivos, y un hiperlisérgico y apoteósico cut-up de Burroughs titulado «¿Me estoy muriendo, míster?».



a nn^e a oca

El papel de la Coca www.marnacoca.org

25 de enero de 1953

Hotel Mulvo Regis, Bogotá

Querido Al.

Bogotá está en una meseta rodeada de montañas. La hierba de la sabana es de color verde brillante, y aquí y allá se yerguen monolitos precolombinos de piedra negra entre la hierba. Una ciudad triste y sombría. Mi habitación de hotel es un cubículo sin ventanas (las ventanas son un lujo en Sudamérica), con paredes de contrachapado verde, y la cama me queda corta.

Me pasé mucho tiempo sentado en esa cama, paralizado, de bajón. Luego salí a darme una vuelta. El aire era frío y cortante, y me fui a tomarme una copa, dándole gracias a Dios por no haber llegado enfermo de jaco a esta ciudad. Me tomé unas copas y volví al hotel, donde un camarero feo y medio raro me sirvió una cena que me resultó indiferente.

Al día siguiente fui a la universidad a recoger información sobre la ayahuasca. Todas las ciencias están agrupadas en lo que llaman el Instituto. Un edificio de

16

ladrillo rojo, de pasillos polvorientos y despachos desprovistos de letreros, la mayoría de ellos cerrados con llave. Me abrí paso entre cajas y animales disecados y muestras botánicas. Todas esas cosas las andan moviendo continuamente de una sala para otra, sin

ningún motivo aparente. De los despachos sale corriendo gente reclamando algún objeto del montón de basura del vestíbulo, para que se lo lleven otra vez a su despacho. Los bedeles están todos por ahí sentados encima de las cajas, fumando y saludando a todo el mundo, llamándole «doctor».

En una enorme sala polvorienta llena de muestras de plantas y de olor a formaldehído vi a un hombre buscando algo que no encontraba, con un aire de refinado fastidio. El tipo se percató de mi presencia.

—¿Qué habrán hecho con mis muestras de cacao? Era una especie nueva de cacao silvestre. ¿Y qué hace este cóndor disecado en mi mesa?

Tenía una cara enjuta y refinada, y llevaba gafas de montura de acero, una chaqueta de tweed y pantalones oscuros de franela. Boston y Harvard, sin ninguna duda. Se me presentó como el doctor Schindler. Estaba relacionado con la Comisión de Agricultura de los Estados Unidos.

Le pregunté por la ayahuasca.

—Ah, sí —me dijo—. Aquí tenemos muestras. — Luego, mientras echaba un último vistazo buscando sus plantas de cacao, añadió—: Venga conmigo y se las enseño.

Me enseñó una muestra seca de ayahuasca, que tenía pinta de ser una planta muy poco distinguida. Me dijo que sí, que él la había tomado.

ladrillo rojo, de pasillos polvorientos y despachos desprovistos de letreros, la mayoría de ellos cerrados con llave. Me abrí paso entre cajas y animales disecados y muestras botánicas. Todas esas cosas las andan moviendo continuamente de una sala para otra, sin ningún motivo aparente. De los despachos sale corriendo gente reclamando algún objeto del montón de basura del vestíbulo, para que se lo lleven otra vez a su despacho. Los bedeles están todos por ahí sentados

encima de las cajas, fumando y saludando a todo el mundo, llamándole «doctor».

En una enorme sala polvorienta llena de muestras de plantas y de olor a formaldehído vi a un hombre buscando algo que no encontraba, con un aire de refinado fastidio. El tipo se percató de mi presencia.

—¿Qué habrán hecho con mis muestras de cacao? Era una especie nueva de cacao silvestre. ¿Y qué hace este cóndor disecado en mi mesa?

Tenía una cara enjuta y refinada, y llevaba gafas de montura de acero, una chaqueta de tweed y pantalones oscuros de franela. Boston y Harvard, sin ninguna duda. Se me presentó como el doctor Schindler. Estaba relacionado con la Comisión de Agricultura de los Estados Unidos.

Le pregunté por la ayahuasca.

—Ah, sí —me dijo—. Aquí tenemos muestras. —Luego, mientras echaba un último vistazo buscando sus plantas de cacao, añadió—: Venga conmigo y se las enseño.

Me enseñó una muestra seca de ayahuasca, que tenía pinta de ser una planta muy poco distinguida. Me dijo que sí, que él la había tomado.

17

—Vi colores, pero no tuve visiones.

Me dijo exactamente lo que iba a necesitar para el viaje, y adónde ir y con quién ponerme en contacto. Le pregunté por el asunto de la telepatía.

—Eso, por supuesto, son todo imaginaciones —me dijo.

Me comentó que, de todas las zonas en las que podría encontrar ayahuasca, el Putumayo probablemente fuera la de más fácil acceso.

Me tomé unos días para preparar mis cosas y tomarle el pulso a la capital. Para un viaje a la jungla

necesitas medicinas: el antídoto contra las mordeduras de serpiente, la penicilina, el enterovioformo y la cloroquina son indispensables. Y luego una hamaca, una manta y un saco encauchado que llaman tula, para llevar tus cosas.

Bogotá está muy alta, y es fría y lluviosa; un frío húmedo que se te mete dentro como la destemplanza interior de la abstinencia. En Bogotá, más que en cualquier otra ciudad que haya visto en Latinoamérica, sientes el peso muerto de España, sombrío y opresivo. Todo lo oficial lleva el sello «Made in Spain».

Tuyo,
William